



1.º de Enero de 1917

N.º 4452. Año VII.—Núm. 137

SUMARIO: A los entusiastas de la Federación, por *Raimundo Dolz*.—Carta abierta: A los señores D. Enrique Cans y D. Ramón Carbonell, por *Baldomero Goicoechea*.—Charla del Andaluz Preguntón: Soñando estar hablando con su amigo Barduena, por *Un Andaluz Preguntón*.—Una historia por partida doble, por *Pierre Véron*.—A los lectores de CAZA Y PESCA, por *Joaquín Fernández Trujillo*.—Monterías, por *El Capitán Maïsser*.—Las escopetas: sus cargas, pólvoras y usos (continuación), por *Eduardo de Lete*.—Mesa revuelta: Rectificación. Entrega de un álbum. Noticias. Transacciones.

(No se devuelven los originales.)

A LOS ENTUSIASTAS DE LA FEDERACIÓN

Al encargarme de la dirección de CAZA Y PESCA, creí una obligación revisar cuantos números componen la colección de esta Revista, y mentiría si no os dijese que de su lectura he sacado un triste desengaño. ¿Que cuál es y á qué se refiere? Voy á exponéroslo; pero sin duda vosotros lo sabéis mejor que yo, pues está en la conciencia de todos y ni uno solo habrá dejado de lamentarse, en la intimidad de sus pensamientos, de la apatía que nos rodea y de la atmósfera de indiferencia que respiramos.

Desde hace mucho tiempo se viene hablando—sólo hablando—de la necesidad de federarnos, por considerar este acto como único medio de dar la brillantez y esplendor necesarios á nuestra afición, en contraste con el abandono en que hoy se nos tiene y la indiferencia con que se miran nuestras reclamaciones, siempre razonadas y justas. Esforzados paladines de tan noble idea rompieron sus lanzas en cultos artículos que hubieron de ser publicados en las columnas de esta Revista,

fueron elogiados como merecían, se aplaudió su entusiasta cooperación. Todo fué plácemes, y pareció que de un momento á otro iba á surgir pujante y prontamente la anhelada Federación, el *maná de los cazadores*; y triste es decirlo, pero se impone hablar así en términos de la más descarnada de las verdades: de repente, todo se olvida; pasa el calor del momento que exaltó inteligencias y prodigó alabanzas, y volvemos á nuestro letargo, á dejarnos dominar por la apatía, y de aquellas buenas obras, cimientos para la nuestra, ya sólo queda un recuerdo vago, algo así como la esfumación de un sueño. ¿Verdad que es esto sensible, lector?; pero, ¿verdad que es real?

Este mal que padecemos, que puede calificarse de endémico, pues está reinando constantemente en nuestros actos, es preciso alejarlo, cueste lo que cueste; se impone un resurgimiento en favor de la caza y de la pesca, un levantamiento de las Sociedades en pro de la Federación, y un trabajo constante de todos para que entre

en la vida de la realidad esta salvadora idea que lleva excesivo tiempo de gestación.

Y no se diga que faltó estímulo, que brilló por su ausencia el entusiasmo, factores indispensables para la construcción de esta obra: no; de uno y de otro hubo en todo momento plétora, y si no leed de nuevo el último artículo publicado por quien fué acertado y competente Director de esta Revista, Sr. Barduena, y en él encontraréis impreso todo el entusiasmo de un entusiasta—valga la redundancia—y el noble sentir de quien anhela la Federación, porque la cree única medicina para sanar esa enfermedad endémica de que antes hacía mención. ¿Por qué, amantes de la caza y de la pesca, no imitáis la conducta de Barduena y otros entusiastas, y apor-

táis vuestro grano de arena en forma de opinión, para formar el montón federativo? Al no hacerlo, os dejáis dominar por la apatía y caéis dentro de la más justa de las censuras. Los que luchan con abnegación en defensa de santos ideales, aunque fracasen se les llama héroes; los que abandonan el progreso y retroceden en la campaña que emprendieron, sólo se les puede calificar de cobardes.

Seamos, pues, de los primeros; hagamos de nuestra afición un sacerdocio y rompamos de una vez el estrecho círculo de acción donde nos movemos; desbordemos el cauce de nuestras ideas y sentires, y formemos con el entusiasmo que en Babel levantaron su famosa torre, el baluarte de nuestra defensa.

RAIMUNDO DOLZ

CARTA ABIERTA

A los Sres. D. Enrique Casás y D. Ramón Carbonell.

Muy señores míos y de mi mayor consideración: He tenido verdadera satisfacción en recibir la afectuosísima carta que se han dignado dirigirme, y me siento muy orgulloso con la amistad que en ella me brindan ustedes, caballeros y nobles aficionados á nuestro predilecto arte higiénico, la caza. Les correspondo, pues, con la consideración que se merecen, y paso á contestarles con la sinceridad que me caracteriza.

Recibí, en efecto, un ejemplar impreso que me remitió nuestro querido amigo el Sr. Barduena, del informe emitido por la Comisión nombrada por La Cinegética de Valencia, referente á la Federación de las Asociaciones de Cazadores. Y prestándome gustosísimo á la solicitud con que me honran ustedes de que emita mi opinión respecto á tan notable trabajo, siquiera carezca yo, en absoluto, de méritos y condiciones para ello, me complazco en hacerlo del modo siguiente:

En él demuestran ustedes ser unos nobles cazadores, convencidos como yo y como otros, pocos desgraciadamente, del aniquilamiento de esa riqueza pública que constituye una verdadera fuente de ingresos para el Tesoro, un indiscutible medio de vida para miles de familias, y un recreo casi santo para cuantos en el campo, con sus encantos, hallamos la panacea.

Y como precisamente por esto es ya asombroso el número de los que de día en día se dedican á dicho *sport*, siendo más los que no respetan la ley, ni el derecho, ni la propiedad, muchísimos de los cuales tienen el cinismo de agruparse á tantas Sociedades como se van creando ¡y aun por éstas protegidos!, es de todo punto intolerable continuar en esta anarquía, y claro está que el remedio únicamente existe en la Federación.

Pero como ésta es un bloque eficaz contra los infractores y éstos son los más, no

podemos llevarlo á efecto por nuestros únicos esfuerzos y afanes. La causa, es posible que no estén ustedes conformes con mi opinión, pero es muy cierto que está en nuestras Asociaciones.

La Federación, pues, no conseguiremos hacerla, digamos y escribamos cuanto se quiera; hay que conseguirlo *por la imposición*. No puede fundarse en los caprichos de unas y otras, sino en la igualdad ante la ley.

Debe de ser objeto de una disposición enérgica del Ministro de Fomento, desde el momento en que reconocemos que la caza y la pesca es una riqueza pública y una fuente de ingresos para el Tesoro; y esto así comprendido, *no puede admitir la autonomía* de las Asociaciones. Deben forzosamente ser estatuidas y reglamentadas por el Gobierno, y éste es el único medio que debemos apadrinar para conseguirlo, y con ello el fin que nos proponemos, existencia y fomento de la caza y de la pesca.

Como ustedes comprenderán, de seguir con este tema importantísimo, esta carta

resultaría interminable, y como sería molestar demasiado la atención de ustedes, debo hacer punto final.

Conste, pues, que aplaudo con toda sinceridad el notable informe de esa prestigiosa Asociación, permitiéndome, no obstante, como ven, objetar el pensamiento de «autonomía» y el medio para llegar á la Federación.

Expreso á ustedes mi profundo reconocimiento por la inmerecida distinción que me han hecho pidiéndome mi modestísima opinión, y muy satisfecho me siento por el motivo y ocasión que me han proporcionado para tener el gusto de ofrecermelo de todos ustedes con toda consideración su más atento, buen amigo y s. s. q. e. ss. ms.,

BALDOMERO DE GOICOECHEA

Valladolid, Noviembre de 1916.

Monte de caza. Casa de Eulogio. Estación de Vaciámadrid. Se dan acciones para dos escopetas en 300 pesetas. Dueño, D. Ildefonso Gómez.

Conde de Romanones, S.

Charla del Andaluz Preguntón

soñando estar hablando con su amigo Barduena

¡Mu bien, mu bien y mu requetebién, querío amigo! ¡Y aluego mos querías meté gato por liebre, jaciéndonos creé que tú no tenías chirumen pa escrebí esas y otras cosas po er estilo! Sí; es muncha verdá lo cas decío en nuestra simpática Revista, á la cuar guarde Dios muchos años pa consuelo de los aflegíos cazaadores que lloramos hoy nuestras penas metíos en los rincones de casa, aonde naide mos vea, pa no tené que pasá tormentos, faitigas y virgüenza por no habé queao po esos campos é Dios ni *cujás* que mos alegren antes der amanecer cantando sus argarabías allá en las arturas, más cerca é San Pedro que de nusotros los mortales.

¡Hágase la Federación! Yo seré uno de sus miembros, pa lo cual inscribirás hoy mesmo mi nombre en sus listas y me dirás las condiciones que se necesitan cumplir pa ello...

Pero dimpués que mos hayamos asociado, ¿á quién mos vamos á dí en queja de lo que mos ocurre? ¿A las aurtoriaes superiores? Éstas tien que ocupase de otros menesteres más en necesiá que nuestros recreos, y por lo mesmo será inútil que á ellas mos dirijamos en súplica de que se moere argo, siquiá argo, la mala costumbre de presegir y pillá á los inocentes animalitos sin consentiles defensa alguna con que puean librá su pelleja de las ga-

rras de esas aves é rapiña llamaos cernícalos, apodo que apricamos los cazaores de chipén á los que caminan de manera rastrera...

¿Que no te convences? Pus ya sabes que ar que no quíe cardo hay que aplicale tres tasas, y que esto no tié remedio; ¡digo!, á no sé que me anombréis á mí menistro ú aurtoriá de las que más vargan, y entonces, ¡ah!, entonces sí que habéis de batirme á mí las parmas en cuantico veáis en los pedriólicos de mayó circulación mis primeros mandatos, que serán deregíos á que se aumente er Cuerpo é la Guardia ceví con cargo ar produrto de las licencias de caza y pesca, y á otras consirnaciones que estabreceré, pa que en tuiticos los puestos de España haiga una ú más parejas, según la importancia der término y de la pobración, dedicás *única* y *excrusivamente* á perseguí cazaores y pescaores furtivos, á quienes, una vez cogíos *in fraganti*, oirá y sentenciará en er mesmo cuarté un tribuná formao de individuos der mesmo Cuerpo, queando las murtas y toos cuantos artefartos se recojan de los cazaores á beneficio de los mesmos guardias, que se estimularán en er cumplimiento de su obligación, jaciendo lo imposibre por que se lleve la ley ar pie é la letra. Te aseguro que dende 1.º é Febrero jasta er 31 de Agosto no me sale ar campo dengún cazaor ni pa dá un paseo, manque lleve las manos atás; dengún perrito, manque sea er de San Roque; dengún tío con arforjas, mochilas ni zurrón que no sea registrao jasta er cielo é la boca por si llevara lazos, perchones, liga ú alguna otra cosa con que podé atrapá á los animalitos; estabrecería premios pecuniarios pa los que me delataran á los destrurtores de los níos, y los abonaría con las mesmas murtas impuestas á estos úrtimos, queando también er sobrante, si lo había, en beneficio de los guardias der puesto, etc., etc.; y por er mesmo conceuto perseguiría sin escanso á tanto y tanto galafate como se deíca á la pesca con dinamita, redes sin marca ni licencia, sea ó no tiempo veao, y mir cosas

más que la ley y la reta razón prohiben. En una palabra: te aseguro, querío Curro, po er nombre que tengo y por la salucita de mis chorreles, que ni aun había de consentí que se lavara naide las manos en er río por temó á que los peces se les pegaran á los dátiles de ellas.

Pero ¡oh gratas ilusiones; juid de mi mollera! Nunca, en jamás sus veremos realizás; siempre seguiremos con la escasés de bichos que hoy se nota, tanta que yo por mí pueo asegurá no haber tenío er gusto de tirarme mi espingarda á la cara de mi rostro en las diez ú doce veces que he salío dende que acabó la vea, y... ¿cómo me la voy á echá, ¡várgame la Malaena!, con tantos medios de presecución como se usan? Ahora han inventao, ¡no te asombres!, cogé ú pillá los conejos con *ratoneras*, sí, ¡con ratoneras!, pa lo cuar atapan con piedras y guierbas los abujeros toos de la madriguera, exeuto uno, en er que ponen un *gato é palo* ú ratonera con la puerta levantá y arrimá á la boca é la conejera, y la parte opuesta cerrá con rejilla de alambre pa que por ella entre la lú der día; er conejo que trata de salí á la juerza, obrigao por la mardecía jambre (pues la carpanta puée muncho), cuela en la trampa, le toca á un muelle, que es er que tié la puerta levantá verticalmente, se escapa aquél y se cae ésta por su propio peso por dentro de una correéra, dejando cerrá la trampa y queando preso er animalito jasta que va la *zorra* ú sea el astuto cazaor á cogelo pa destinalo á opíparo banquete de ér y sus dolientes.

¿Qué te parece? ¿Habrá llegao la fin der mundo, er día der Juicio finar? ¿Pa qué son ya los jurones, pudiendo ser sustituios por estos artefautos que no necesitan comía ni cudiaos de nenguna clase, y puén ser trasportaos sin licencia alguna y sin que mos los puean quitá los ceviles? ¡Er cormo, er cormo de nuestra esdicha...! ¡Casi, casi estoy por renegá de ser güen cazaor pa echame á cazaor con ratonera...! ¿Que me dirías tú cuando me vieras con mis gatopalos á las espardas, á semejanza de los

cazaores de perdiz con reclamo, cuando llevan er cuco corgao, que yo era un leñao? Güeno; y ¿qué? Ná me importarían tus palabras ni tus burlas cuando yo pillara tres ú cuatro pares de gazapos pa guisámelos en casa y coménoslos la familia... ¡Mardita la hora de los inventos! ¡Y aluego dicen que no se premia á los inventores! Sí, ¡con una legión de demonios encendíos que se los lleven ar infierno y les jagan jervir en las carderas de Pedro Bothero!

¿Y habremos de echá la culpa de nuestros males á la Guardia ceví? No, y mir veces no. Esta escasea y no es posibre que se murtiprique pa poé estar en toas partes y evitá estos estrupicios, manque le sobre voluntá pa jacelo; sus endividuos trabajan lo que puén, recorren cá día una parte der término de su demarcación preguntando, indagando y cumpliendo cuanto sus Ordenanzas les mandan; pero como no han de gorver por er mesmo sitio en una ú dos semanas, cádate ahí que ya están libres los furtivos durante esa temporá pa jacé por allí lo que mejó les venga en gana, sin estorbos, ni entorpecimientos, ni temó de denguna clase.

¿Y creerás tú que yo gano argo con decite estas cosas? Pus no; poique toos los que por aquí caen en poer de los ceviles, en lugar de echale la culpa de sus pesares á su barbarie, me la achacan á mí, sin yo tené arte ni parte en su esdicha, y hoy pesan sobre mi cuerpo mir sentencias é muerte, si bien es verdá, según me paece, que aun estoy vivo en este mundo, pus yo me apalpo er pecho y siento andá la péndola de la maquinaria de mi reló, que es la que mos sostiene la vía, si es verdá la opinión de los más acreditaos dotores de la melecina; yo pienso, como, bebo y jablo, manque no sea mu correutamente; yo satisfa-

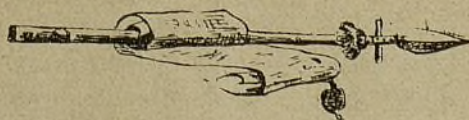
go mis incrinaciones de ajumame toos los días cuarenta ó cincuenta tagarninas, cuando pueo compralas, y yo me voy ar campo á cazá ú á pescá siempre que mis obligaciones me lo consienten, solo ú acompaño, de día ú de noche, sin cuidame de vanas preocupaciones; poique sé mu bien sabío, que si me tendieran un lazo y en ér cayera sin poéme defendé, y allí espichara mi probe persona, ahí queáis vosotros pa vengame jasta conseguí que er delicuente furtivo sea corgao der piscuezo en la jorca y lo veáis echá las patas por alto bailando *er baile infernal*... Y por último, estoy también convencío de que os allegaréis tú, on Sarvaó er Valenciano y el señó Morales, mi nuevo y querido amigo (á quien agradezco en el alma las encomiásticas frases que me dedica en el número de la Revista correspondiente á 1.º de Diciembre); que os allegaréis, repito, ar sitio de mi fenecimiento, que me rezaréis un Parenuestro con su Avemaría y Gloria Patria, y que me pondréis allí siquiera una rústica cruz jecha de ramas de oliva, y á su lao un letrero que diga: «Aquí queó er infelí Andalu Preguntón, cuya vía la edicó por com preto á trabajá pa su familia, y á procurá er cumplimiento de la ley de Caza y Pesca. Séale la tierra ligera, y vaya ar Cielo ar lao de San Rafaé er der pez, y de San Roque er der perro, que sin dúa han de ser los mejores aficionaos que haiga en la Corte Celestia. R. I. P.»

Y jago punto, poique me paece que... tú vas á ser er que vas á mandá á la Eterniá á

UN ANDALUZ PREGUNTÓN.

Escopetas de las mejores marcas, á precios reducidos. Utensilios de caza, cronómetros, aparatos fotográficos y mil distintos objetos á precios increíbles. Verdaderas gangas.

AL TODO DE OCASIÓN—Fuencarral, 45.



Una historia por partida doble

I

Yo conocí mucho á un perro.

Se llamaba Periquín.

Era propiedad de una señora muy vieja, y viuda de un banquero millonario.

La buena señora no tenía más cariño que el de este animal.

Dudo de que aun en vida de su difunto esposo le profesara á éste un amor semejante al que sentía por el dichoso perrito de su corazón.

Conocí mucho á un hombre excelente y simpático.

Se llamaba Jaime.

Era poeta.

¡Poeta! ¿Es eso acaso una profesión?

¿Qué es ser poeta?

Sin embargo, el tal Jaime tenía un corazón de oro, era uno de esos infatigables arquitectos de castillos en el aire, que atravesan la vida como en un sueño.

También era un trabajador incansable. Nada de bohemia vergonzante.

II

El perro era huraño, molesto, abominable.

Siempre que podía os mordía los pies.

Si no podía, os enseñaba los dientes desde lejos.

Y á su ama le hacían mucha gracia las travesuras de su antipático animalejo.

El poeta tenía un carácter dulce, paciente, modesto y timorato.

Era incapaz de hablar mal de nadie, caritativo con los débiles, bueno para todo el mundo.

Aún me parece estar viendo su sonrisa reveladora de la serenidad y la belleza de su alma.

¡Pobre Jaime!

III

Todas las tardes, inváriblemente, se podía ver al señor Periquín dándose tono en el coche de su ama.

¡Había que verle! ¡Con qué gesto displicente miraba á todo el mundo!

Cuando se le antojaba apearse, en seguida estaba á la portezuela un elegante lacayo para coger en brazos al niño adorado.

Y el engalonado lacayo andaba acortando el paso detrás del perrito, y se detenía respetuosamente si á éste se le antojaba... detenerse.

También se veía diariamente á Jaime caminando por París con la lluvia, con el viento ó con el sol estival.

¡Camina! ¡Camina!

Era el Judío Errante de la esperanza.

Iba de teatro en editor y de editor en teatro.

¡Camina! ¡Camina!

Al día siguiente, desde muy de mañana, á pesar de las decepciones de la víspera, á pesar de haber estado toda la noche escribiendo admirables renglones cortos, volvía á emprender la caminata.

No quiero hablar de las vejaciones sufridas, de las negativas recibidas en todas partes.

Hasta los mismísimos porteros le rechazaban indignados.

IV

¡Ah, qué lindo abrigoito habían bordado para Periquín!

Era azul. Estaba adornado con iniciales.

Era blando y de mucho abrigo.

¡Qué lindo abrigoito! ¡Qué bien se iba dentro de aquel traje!

¡Cómo se volvían los transeuntes para admirar al perrito aristocrático!

¡Qué lindo abrigoito!

Un día—era en pleno mes de Enero—encontré á Jaime en el muelle.

Quince grados bajo cero.

Llevaba una americana de orleans, vieja, descosida, rota, lastimosa.

Lo justo para ir desnudo pareciendo ir vestido.

Al pasar echaba miradas á los puestos de libros.

Y al echar esas miradas tiritaba y tosía...

Daba verdadera lástima, os lo aseguro.

¿Lástima..., á quién?

Nadie se preocupaba de aquella siniestra miseria, que se ocultaba para pasar inadvertida.

V

Cada día, sería deliberación para confeccionar el *menú* de Periquín.

¡Estaba tan desgastado el pobre! ¿Qué pastel podría abrir su apetito somnoliento?

¿Qué golosina podría ser agradable á su delicado paladar?

¡Tremendo problema!

Su ama meditaba sobre este punto un par de horas diarias.

Y el azúcar, los bombones, los pasteles se amontonaban delante del can, que no se dignaba apenas lamerlos.

Varias veces por semana se oía decir á Jaime:

—Hoy no se come. Mañana será otro día... tal vez.

Sí, señores, tal vez.

Y cuando llegaba el día de comer, ¡qué alimentación!

Los residuos de las tabernas más inmundas.

¡Horrible! ¡Horrible! ¡Horrible!

VI

Pero todo tiene fin en este mundo.

Periquín murió cierta mañana á consecuencia de una indigestión.

Estaba escrito.

¡Qué duelo!... Su ama estuvo á punto de seguirle á la tumba.

¡Palabra de honor! La buena señora de-

rramó lágrimas de verdad, como no las había derramado el día en que su marido, el banquero, arrancó la última hoja de su libro de cuentas corrientes con Dios.

Y en el fondo del jardín levantaron un monumento, con una inscripción á la memoria del can.

Todo tiene fin en este mundo.

Un día el resignado Jaime se convenció de que la resignación tiene sus límites.

Pasó por un puente.

Saltó á la parte de afuera.

Cuando le pescaron estaba muerto.

El señor comisario de policía abrió una información, y cuando se averiguó que Jaime era un poeta, el señor comisario exclamó:

—¡Poeta!... ¡Qué vida de perros!

¡De perros!... ¡Qué ha de ser!... Yo acabo de probar lo contrario.

PIERRE VÉRON

(De *El Liberal*.)

Á los lectores de "Caza y Pesca,"

Distinguidos compañeros: Proponiéndome escribir alguna que otra vez para nuestra Revista, tengo el gusto de saludaros y rogaros que disculpéis las faltas que habréis de encontrar en mis modestas crónicas, que serán debidas no á un alarde de dotes de escritor de que carezco en absoluto, sino á una afición sin límites por cuanto se relaciona con la caza, afición que nació conmigo y me durará mientras me queden alientos para seguir á un buen perro de muestra y pueda soportar los días de inclemencia que llevan consigo las expediciones de montería.

Viviendo, por mi fortuna, en una de las regiones donde más abunda la caza mayor, detallaré algunas de las monterías que en este terreno se verifican, que creo serán del agrado de los monteros de otras localidades y de los mil cazadores que no han podido disfrutar las delicias de montar.

Os repito mi afectuoso saludo y me ofrezco de todos afectísimo s. s.

JOAQUÍN FERNÁNDEZ TRUJILLO

Andújar 22 Diciembre 916.

MONTERÍAS

EN EL RISQUILLO

En el pasado mes se celebró una magnífica montería en las dehesas del Risquillo y Panizar, que en términos de Andújar y Fuencaliente posee el Sr. Marqués del Mérito.

Con un tiempo infernal de viento y lluvia se llevó á cabo esta montería, que á causa de esto se creyó iba á ser un desastre. Sin embargo, la abundancia de reses fué tal que se cobraron, en los seis días que duró, 21 jabalíes, 7 venados y 3 machos monteses. Es uno de los pocos sitios de Sierra Morena donde aún quedan cabras monteses, que se han multiplicado bastante en los últimos años, gracias á los cuidados y desvelos del dueño de las dehesas y á la esplendidez con que remunera á sus guardas por la muerte de las grandes águilas que abundaban en aquellos riscos, causando un daño enorme en los pequeños cabritos, víctimas de su rapiña.

Ninguno de los cazadores que tomó parte en la montería se quedó sin tirar: casi todos dispararon á varias reses; hubo quien hizo una hermosa carambola de venados y quien se hartó de aligerar de balas su rifle y su cartuchera.

Uno de los días amaneció malísimo; diluviando, con un frío intenso y viento huracanado, que sembró la indecisión en los monteros y les obligó á salir muy tarde de la casa.

Después de mediar el día empezaron á colocarse las escopetas en sus puestos, y al soltar las rehatas se produjo en el portillo una algarabía enorme: dieron los perros con un atestón de jabalíes: todo se volvían carreras y ladridos; cada podenco iba tras una res, todas las matas se movían, y el hermoso concierto de podencos, alanos y mastines repercutía en las peñas, en los cerros, en los barrancos, casi apagando el eco de los trabucazos de los podenqueros y el seco estampido de los tiros de bala. Daba la tarde á su fin, y aún se-

guía el estrépito con igual violencia; menudeaban ya los tiros de rifle, que se hacían á tientas, casi en la obscuridad, y seguían saliendo reses y más reses.

Ya no se veía nada; los cazadores en sus puestos seguían esperando, sentían aproximarse las ladras, luego el característico ruido del jabalí arrollando el monte, después el ruido de sus pezuñas á pocos pasos y el rodar de piedras, sin poderlo distinguir ni como á una sombra.

Se retiraron los monteros por fin, y allí, en la hermosa mancha, seguía aún la música de los perros, tercios con los cochinos, sin hacer caso de los toques de caracol con que los llamaban los perreros.

Varias reses, heridas de gravedad, y dando mucha sangre, se quedaron en el monte por no poderlas rastrear quizás un centenar de pasos; algunas fueron encontradas por los guardas, ya en mal estado, cuando terminada la montería pudieron dedicarse á registrar.

Si el tiempo hubiera ayudado, se hubiesen casi doblado el número de reses cobradas y hubiese sido un éxito portentoso.

Como no se tiran las hembras de ganado cerduno ni cabrío, hay de éstas muchísimas más que machos, y, por tanto, se puede formar una idea del gran número de reses que de las diversas especies salen en cada ojeo.

Los cazadores quedaron todos satisfechísimos de su expedición, y el Marqués todavía más, por lo estupendo de reses que estaba el coto, y deseando repetir la suerte á mediados del mes de Enero.

★

EN LA ALAMEDA

La montería organizada este año por el Sr. Duque de Medinaceli en su finca La Alameda ha sido magnífica.

Tuvieron los monteros la mala suerte de que todos los días hizo un aire implacable,

acompañado de lluvia que les impedía estar con la atención debida y enterarse de lo que pasaba en las manchas.

Con el ruido del vendaval y el movimiento del follaje, se presentaban las reses en los pasos sin haberse dado los monteros previa cuenta de su aparición, por lo que muchas se fueron sin tirar; y otras, tiradas precipitadamente, debieron su salvación á las *delicias* del tiempo.

Sin embargo, el resultado fué estupendo, pues se cobraron 36 reses: 29 venados y 7 jabalíes. Lástima que el tiempo no hubiese ayudado á los monteros, que dada la gran abundancia que había en el coto de piezas de ambas clases, hubiese hecho subir el número de las cobradas en un tan-

to por ciento enorme, como se merece la dehesa de La Alameda, bajo cuya denominación se conocen varias que tiene reunidas el Duque de Medinaceli, con la friolera de 50.000 fanegas de tierra, de las cuales unas 6.000 es el terreno que acostumbra montar.

El éxito de la montería anuló la contrariedad que el temporal produjo á los monteros, y por si aquél era poco, allí estaba el anfitrión, el Sr. Duque, que con su insuperable amabilidad, su gran afición y su modo de hacer las cosas, se bastaba y se sobraba para que la alegría y el agradecimiento reinase en todos los rostros.

EL CAPITÁN MAÜSER.

Las escopetas: sus cargas, pólvoras y usos

(CONTINUACIÓN)

Progresos en la fabricación de las armas de fuego.—Escopetas baratas y escopetas caras.

El perfeccionamiento de las armas de caza, empleado luego en las de guerra, como las llaves de cadeneta, debidas á armeros ingleses y franceses; el rayado atribuído por unos á Kollner, de Viena, en 1498, y por otros á Kotter, de Nuremberg, de 1500 á 1520, el cartucho metálico de Flobert en 1845, y cuantos adelantos á continuación mencionaré sumariamente, han sido debidos á la pasión que la caza produjo en todos los tiempos, en todas las razas y en todas las esferas sociales.

La índole del extracto no me permite hacer, ni siquiera intentar, un índice que fuese á modo de histórica reseña de lo que este *sport* ha sido en el transcurso de los siglos y lo que ha significado en la fisonomía de los pueblos.

Fueron cazadores: el hombre primitivo, que buscó su alimento y su abrigo en las

fieras desaparecidas; los paganos, que atribuyeron á la caza con Xenofonte un origen celeste al inventarla Apolo y Artemisa y al ser cazadores todos sus semidioses; los egipcios, representados en sus monumentos funerarios armados de flechas, corriendo veloces tras de leones é hipopótamos; los persas, con Darío, su rey, que no quiso morir sin que se inscribiera en su sepulcro que *él fué cazador*; toda la Edad Media, en la que ni los reyes, ni los nobles, salían jamás de sus almenados castillos sin llevar consigo altivos sus armas, sus perros y el halcón sobre la enguantada mano, y toda esta nuestra época contemporánea, que tras de imperios, monarquías y repúblicas ha democratizado la cinegética, transformando las leyes de privilegio en leyes de igualdad y cediendo el paso las regalías á los derechos soberanos del pueblo.

Los arcabuceros, que con la invención de las armas de fuego hicieron desapare-

cer el arco y la ballesta, realizaron rápidos progresos durante los siglos XVI y XVII, principalmente en España, digámoslo con regocijo al rendirles homenaje, progreso iniciado por Maese y Marcuarte, traídos de Alemania por Carlos V, continuado luego por tantos otros dignos de toda ponderación, hasta el genial Bis, autor del famoso cañón de herradura, conocido y pagado en toda Europa á precios elevadísimos.

Sucesivamente, iniciados por unos y seguidos por otros, armeros de todas las naciones se dedicaron á la tarea de perfeccionar las armas de fuego, hasta que el inglés Egg (1815) dió á conocer su mezcla fulminante que se llamó pistón, y que hizo eficaz y revolucionario el clérigo escocés Forsyth, el cual ideó la llave de percusión.

La industria nacional se recluyó casi completamente en Eibar y Placencia, y aquellos dignos herederos y discípulos de los arcabuceros españoles, sostuvieron y sostienen todavía á envidiable altura la bien ganada fama de nuestras armas.

Al fin, el progreso definitivo halló su fórmula, y allá, en 1832, los armeros franceses Lapine y Lefaucheux, articulando el cañón con la báscula, marcaron el tipo y el carácter de la escopeta de retrocarga, transformada rápidamente por el cartucho de fuego central, felizmente ideado en 1861 por el armero de Londres Daw, que siguió paso á paso los intentos repetidos en tal sentido, fracasados con Potet en Francia.

Y henos ya en el apogeo de la fabricación y en el culminar del progreso en la segunda mitad del siglo que se llamó de las luces.

Realmente, á los bajos precios que la fabricación ha llegado, nada debiera decir de las escopetas de pistón y de Lefaucheux, en completo desuso, como no sea por las gentes del campo y cazadores furtivos y de oficio, que vienen á ser en la práctica lo mismo, vendidas á ínfimos precios y con las que algún órgano importante de su propietario está siempre á merced de un accidente, posible en todos los momentos.

El estado actual autoriza á no hacer más

clasificación que la de escopetas *baratas* ó *caras*. Y digo esto porque, salvo diferencias de mecanismo en las piezas contenidas en la báscula, no siempre fundamentales, el sistema más en uso es el de percusión central.

Las escopetas baratas, cuyo precio no excede de 150 pesetas y muchas de las que alcanzan el de 250, ofrecen pocas garantías, porque si en manos expertas y prudentes pueden no ser peligrosas empleando en ellas las pólvoras y cargas adecuadas en cartuchos preparados por manos peritas, no obstante y no tardando se hacen inútiles por la blandura y mala calidad de los metales en ellas empleados, la inadaptación de sus ajustes, la ineficacia de sus sistemas de cierre, su deficiente fresado, la desigualdad de espesor de sus cañones, el desnivel de los mismos, la calidad inferior de sus llaves y muelles, sus agujas cortas, largas ó desviadas, el mediano resultado de sus tiros por su defectuosa agrupación de plomos, y otra serie de detalles no difíciles de señalar, pero que dan carácter especial é inconfundible á estas armas baratas.

Sólo en tiempos ya lejanos pudieron decir autores como De Merolles, Du Quesnay, D'Houdetot, muy apreciables bajo otros aspectos, despropósitos tales como la afirmación de que el rendimiento de *todas las armas* de caza es el mismo á cargas y calibres iguales. Esto es, sencillamente, una herejía.

Pero, se nos dirá, ¿es que en absoluto habremos de rechazar las escopetas de precios bajos? ¿Cómo cazaremos entonces los desheredados de la fortuna? Si á contestar fuera por mi sola cuenta, diría que sí, las rechazaría, porque advierto que mi seguridad bien vale 200 pesetas más, que por otra parte darían al arma una mayor duración. Mas para no ser exclusivista, repetiré de nuevo lo dicho anteriormente, ó sea, que es posible su uso más ó menos *duradero* y más ó menos *eficaz*, pero á condición de atenerse exclusivamente al uso de pólvoras negras, las menos vivas á poder

ser, y sujetándose estrictamente á la carga adecuada á su calidad, calibre, peso y condiciones.

Un armero práctico puede ser á veces un buen consejero, dando por sentado que aunque más adelante daré una idea acerca de las cargas aproximadas adecuadas á cada calibre, esto no es más que relativo, porque cada arma tiene, como dicen los ingleses, su *temperamento*, que es lo primero que el cazador debe conocer por medio de tanteos y ejercicios prácticos, si es que el armero que le vendió el arma no le dió sus

características. No terminaré este párrafo sin manifestar que deben mirarse con prevención cuantas armas lleven para acrecer su precio firmas apócrifas ó aparenten una calidad que no tienen, así como hay que ponerse siempre en guardia cuando se nos ofrezca una escopeta de ocasión, muchas veces vendida en más de lo que vale, y que en ocho casos de diez tiene algún defecto de fabricación.

EDUARDO DE LETE

(Continuará.)

HOJEANDO REVISTAS

Leopardos que hacen de perros

En muchos antiguos libros de viajes por la India y por Persia se habla de leopardos utilizados por los magnates de aquellos países para la caza, poco más ó menos como en Europa se han empleado y se emplean el halcón y el perro. Los tales leopardos no son de la misma especie que nosotros conocemos con este nombre, ni pertenecen siquiera, como ésta, al género gato. Se trata de un animal muy diferente, parecido al perro por la conformación de sus uñas, que lleva siempre fuera, sin poderlas esconder como los verdaderos felinos; los naturalistas le llaman *guepardo*, es decir, pantera de tierra, porque no se sube nunca á los árboles como lo hacen las otras panteras, y en la India se le da el nombre de *chita*, que es una onomatopeya de su voz.

Aunque feroz por naturaleza, el chita se somete fácilmente al hombre. Se le coge, casi siempre cuando es aún algo joven, con trampas y lazos, y atado con fuertes cuerdas, los cazadores lo ponen en venta. Un chita recién cazado vale de 17 pesetas para arriba, y sólo por este precio es posible

hacerse con tales animales, pues la especie rara vez se reproduce en domesticidad. Los primeros días se tiene al prisionero en una jaula con tres lados de reja, y el cuarto, el techo y el suelo de madera; en esta forma se le coloca sobre un carro y se le lleva á los mercados, á las plazas y á todos aquellos sitios donde hay mucha gente y mucho bullicio. De esta manera, el chita se acostumbra en seguida á la compañía de los seres humanos, y muy pronto se le puede conducir á los mismos sitios sin jaula, atado simplemente sobre una especie de taburete. Con este sistema y procurando además que el animal duerma lo menos posible y esté siempre harto, se consigue en pocas semanas que pierda su natural fiereza y se torne manso como un cordero.

A pesar de eso, cuando se va á cazar con el chita es preciso llevarle atado sobre un carro, y á veces con los ojos vendados, como á los halcones; de lo contrario, sería imposible contenerle á la vista de la caza y se precipitaría contra ella antes de tenerla lo bastante cerca para darle alcance.

Los animales que se cazan con estos leopardos son el ciervo y el antílope; el chita, puesto en libertad, se acerca á ras-tras á la pieza y, cayendo sobre ella de un brinco, la derriba y la degüella de una dentellada; pero si le falla este salto y la pieza escapa, no continúa persiguiéndola, sino que se vuelve atrás como avergonzado de

la falta de sus antiguos bríos que la cautividad le ha hecho perder.

Entre los indios ricos, la caza con leopardo es uno de los deportes que gozan de más favor, y con frecuencia se celebran certámenes en que se conceden importantes premios al dueño del chita que consi-gue cobrar más piezas en menos tiempo.



Mesa revuelta



Rectificación.

Al publicar en el número 135 las impresiones de caza en Granada, dijimos, por un error de ajuste, que en los cotos Canal, Arenales, Los Frailes, Peñaflor y Chozuela no se respetaba la veda y se cazaba en todo tiempo, siendo, según nos comunica nuestro distinguido amigo y colaborador D. José Martínez, todo lo contrario, pues son cotos admirablemente guardados, respetándose siempre la veda, por cuyo motivo abunda en ellos la caza, cobrándose siempre buen número de piezas, aun cuando sean medianos tiradores.

Queda rectificado y lamentamos el error sufrido.

Entrega de un álbum.

El día 30 de Noviembre próximo pasado le fué entregado á S. M. el Rey un lujoso álbum de gran tamaño conteniendo las 25 postales de monterías en Sierra Morena, que le ha dedicado el Capitán de la Guardia civil de Andújar, D. Joaquín Fernández Trujillo, á quien ya conocía personalmente el Monarca como buen aficionado á la caza.

En un elegante estuche de terciopelo rojo con la corona Real y los broches de oro, que figuraban dos jabalíes y llamaron la atención de S. M., iba el álbum, de piel de Australia, con unas alegorías en las tapas, de oro cincelado, y broche del mismo metal con las iniciales del Rey y la corona Real, que le daban un suntuoso aspecto, dejando á buena altura á los orfebres de Córdoba, donde fué confeccionado.

Su Majestad admiró la dedicatoria encastrada en una orla en que aparecían pintadas por el autor varias escenas de caza;

examinó una por una las postales, encontrando en ellas personas que le son muy conocidas de la buena sociedad, y manifestando su gran complacencia á nuestro querido amigo Sr. Fernández Trujillo, á presencia de cuantos le acompañaban.

Noticias.

Tenemos noticias de que nuestro querido amigo, el entusiasta aficionado D. Manuel Sauri, va á publicar la quinta edición de su obra *La caza de la perdiz al vuelo y con perro de muestra*.

La primera vió la luz en el año 1877, alcanzando gran éxito. El Sr. Sauri nos ha autorizado para que, una vez que se publique, insertemos en nuestra Revista algunos capítulos de su obra.

Transacciones.

Para facilitar á los socios de la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España la adquisición, venta ó cambio de artículos ó efectos de caza y pesca, inauguramos esta sección de *Transacciones*, en la que daremos acogida gratuitamente á todas las ofertas y demandas que se nos envíen antes del día 10 y 25 de cada mes.

Como este servicio está reservado exclusivamente á los miembros de la Asociación, todas las peticiones y ofrecimientos de venta, compra ó cambio de artículos deberán venir firmadas por el socio que las formule, escritas por un solo lado del papel, y para mayor rapidez y eficacia, se redactarán en forma breve y concisa.

Las insertaremos con un número de orden, al que deberán referirse los interesados al tratar con nosotros.

Imprenta de Jaime Ratés, costanilla de San Pedro, 6.